

«Heme alargado en esto, porque os juro,
Ilustre y valerosa compañía,
Que quien de lo presente se confía,
No tiene que esperar de lo futuro;
Mas desto y de vosotros tan seguro
Estoy, que dentro en Cuenca (11) no estaría
Con mas seguridad ni mas franqueza
Que recogido en vuestra fortaleza.

«Solo de vos quisiera y pido en esto
Que no con otro fin hagais la guerra,
Sino de que se plante en esta tierra
La fe que en nuestras almas Dios ha puesto;
Porque con este blanco y presupuesto
Jamás el tiro falta ni se verria;
Mas si la mira deste fin desmiente,
A vieso ha de salir forzosamente.

«Y que tengais por colmo de la gloria
Usar con el vencido de elemencia
De suerte que al furor no deis licencia,
Para manchar con sangre la vitoria;
Que así resonará vuestra memoria
En cuanto ilustra el sol con su presencia,
Y no pondréis la mano en cosa alguna
Donde la suya os niegue la fortuna.»

Con esto pone fin á sus razones,
Dejando con la plática nervosa
Dispuestos á emprender cualquiera cosa
Todos los circunstantes corazones;
Y muévelos de suerte en sus rincones,
Que el mínimo de todos no reposa
De dar apriesa saltos en el pecho,
Teniendo aquel albergue por estrecho.

Así estuvieron todos aguardando,
No lo que la fortuna dispusiese,
Ni qué semblante ó rostro les hiciese,
Seguros ya de que era ledo y blando;
Sino con vivas ansias aquel cuando
Segunda vez el bárbaro viniese
Para subir de punto sus hazañas
Y humedecer en sangre las campañas.

Estando pues del modo que refero,
Al orden todo puesto y sobre aviso,
Veis donde al muro llega de improviso
Alborotado un indio mensajero,
Vestido de un peloso duro cuero,
Al hombro su carcaj y el arco liso
Sirviéndole de báculo en la mano,
En busca del famoso Apó cristiano.

Llevaronle á su tienda brevemente,
Adonde en su presencia arrodillado,
Abrió la puerta al pecho fatigado,
Diciendo en voz cortada lo siguiente:
«Yo vengo, ilustre joven floreciente,
Porque tu grande nombre me ha obligado,
A solo que te salves de algun modo,
Que viene sobre tí el Estado todo.

«Cuarenta mil y mas...» Quedose en esto,
Y atrás como turbado se desvia,
De ver que no se turba don García,
Sino que está mas grave y mas compuesto;
Mas quiérolos dejar en este puesto
Hasta que vuelva en sí la pluma mia,
Porque también, demás de estar cansada,
La siento con el bárbaro turbada.

«Cuarenta mil y mas...» Quedose en esto,
Y atrás como turbado se desvia,
De ver que no se turba don García,
Sino que está mas grave y mas compuesto;
Mas quiérolos dejar en este puesto
Hasta que vuelva en sí la pluma mia,
Porque también, demás de estar cansada,
La siento con el bárbaro turbada.

«Cuarenta mil y mas...» Quedose en esto,
Y atrás como turbado se desvia,
De ver que no se turba don García,
Sino que está mas grave y mas compuesto;
Mas quiérolos dejar en este puesto
Hasta que vuelva en sí la pluma mia,
Porque también, demás de estar cansada,
La siento con el bárbaro turbada.

CANTO IX.

En que el Gobernador, sabida la nueva, despacha al capitán Ladrillero por la mar al río de Maule, en busca de la gente de Santiago. Adelántanse cien hombres al socorro del fuerte, lo cual entendido por los enemigos, que ya venían sobre él, se vuelven, no osando acometelle. Llega todo el resto del campo á juntarse con don García, donde, pasados algunos días, se hace reseña general de toda la gente; señálanse en ella algunos caballeros particulares, no por compañías ni orden, por no se haber nombrado los oficios antes, sino despues de la muestra, para cuyo efecto se hizo. Marcha todo el campo á Biobío para pasar al estado de Arauco.

El generoso, fuerte y alto pecho,
Con quien el miedo siempre anduvo á malas,
No sufre que le arrime sus escalas,
Ni llegue adonde está con largo trecho;
Porque jamás le viene del provecho,
Sino es al corazón quebrar las alas
Para que nunca suba do subiera
Con solo que el temor lanzara fuera.

Cual es aquel olimpo de alto nombre,
Que deja el aire abajo de su cumbre,
Sin que le den sus vientos pesadumbre,
Tal debe ser el ánimo del hombre;
Pues no ha de haber encuentro que le asombre
Ni cosa que lo altere ni deslumbre,
Sino mostrarse tal á cuanto venga,
Que el propio miedo en verle se le tenga.

A cuanto mal fortuna darle pueda,
A tanto ha de esperar el que es prudente,
Para que nunca venga de repente
Ni turbacion le dé cuando suceda;
Y á las contrarias vueltas de su rueda
Debe mostrar igual y sesga frente,
De suerte que con rostro tan sereno
Reciba el mal suceso como el bueno.

Porque este es aquel don de fortaleza
De que los hombres mas han de preciarse,
Y todo lo posible avergonzarse
De que les mire al rostro la flaqueza;
Mas para ostentacion de su grandeza
Conviéneles tener en qué arresgarse,
Que el toro no se muestra allá en el prado
Hasta que ya en el coso le han picado.

No quiero yo decir que el hombre sea
Un learo soberbio y temerario
Para que dando nombre al mar leario,
Entre sus ondas muerto al fin se vea;
Sino que si jamás errar desea,
A nuestro joven siga de ordinario,
Al cual sin ser altivo ni arrogante
No hay cosa tan terrible que lo espante.

Pues aunque mas el Indio le decia,
Como antes de prudente lo esperaba,
Y tan apercebido á todo estaba,
Ningun asombro dello recebia;
Ni del tranquilo aspecto desdecia,
Mas tanto aquella nueva le agradaba,
Que habiendo de turbar su faz serena,
Mas fuera de contento que de pena.

Aunque á mi ver la causa mas es que una
De no se alborotar un punto desto,
Y debe ser estar con Dios bien puesto,
Que el que lo está no teme cosa alguna;
Ni rinde vasallaje á la fortuna,
Ni un tanto se le da por todo el resto,
Porque ese pecho está lleno de brio,
Que vive de pecado mas vacío.

Por esto pues aquel de don Hurtado
Oye tan sin temor y tan entero
La nueva del amigo mensajero,
Que en el discurso atrás quedó turbado;
Pero despues de haberse reportado,
Y no lo pudo hacer tan de ligero
Que no se detuviere alguna pieza,
Prosigue alzando el dedo á la cabeza.

«Cuarenta mil soberbios araucanos
De los que sobre todos se descuellan
Y causan terremotos donde huellan,
Os buscan, oh misérrimos cristianos;
Haced cómo libraros de sus manos,
No lo libreis por esas, que os deguellan,
Mas antes lo librad por piés ligeros,
Si libres y con vida quereis veros.»

«Mirad que no volveros es locura,
Sabiendo ser buscados de una banda,
Que en dar con otros muchos á la banda
Bien poco de su crédito aventura;
Mejor es que apeleis de tierra dura,
Huyendo el tribunal de la agua blanda,
Donde sus ondas pueden seros muros,
Y aun dudo si estareis allí seguros.»

«Mas dado que es el último remedio,
Y no podeis tenerlo de otra suerte,
Huid extremos de prision ó muerte,
Poniendo con el agua tierra en medio;
Y no esperéis á veros en asedio
A sombra deste muro y flaco fuerte,
Que no está la vitoria en solo habella,
Sino en privar al enemigo della.»

«Esto es á lo que vengo de mi parte
Y de la del cacique Curaguano,
Que en el distrito y término serrano
Tenemos una gruesa y culta parte;
Hanos movido á bien aconsejarte,
Hijo del sol, tu nombre soberano,
Que no cabiendo ya en la haja tierra,
Nos busca en lo mas alto de la sierra.»

El raro General con un sonrisa,
Que no le quita adarme de su peso,
Pronóstico del próspero suceso,
Le rinde bien las gracias del aviso;
Y lleno del que dalle el cielo quiso,
Que á ser en otro vaso fuera exceso,
Dos capas le hace dar de fina grana,
Aquella guarnecida y esta llana.

Con esto y el viático abundante,
Le dice que se vaya al caro asiento,
Y diga á los demas cómo su intento
No es de volver atrás, sino ir delante;
Por donde aunque la tierra se levante
Y se le contrapongan mar y viento,
Con solo ver al cielo de su banda,
No torcerá jamás de su demanda.

Mas antes que Puchelco se partiera,
Que desta suerte el indio se nombraba,
Quiso que á vista del su gente brava
En orden de batalla pareciera;
Y que con su denuedo y armas viera
La prevencion y aviso con que estaba,
Para que todo así lo refiriese
Do quiera que este bárbaro se viese.

El cual por una inculta senda angosta,
Con esto se partió lleno de espanto,
Y el providente joven entre tanto
Despacha á Ladrillero por la posta,
Que en un batel se vaya costa á costa,
Rompiendo el mar cerúleo todo cuanto
La fuerza de los remos alcanzare
Hasta que en el cañudo Maule pare.

Adonde si la gente, como piensa,
Con Juan Remon hubiera ya llegado,
Le dé razon allí de lo pasado
Para que acuda luego á su defensa;
Porque el poder inmenso y fuerza inmensa
Que encierra en sus entrañas el Estado,
Se junta para dar en la albarada
De boga, como dicen, arrancada.

Y caso que el ejército tardío
No hubiera ya llegado á la ribera,
Le manda que prosiga su carrera,
Buscándole agua arriba por el río;
De suerte que jamás esté baldío
El remo sobre el agua lisonjera,
Hasta topar la gente y avisalla
Del término y estado en que se halla.

Navegan Alarcon y Ladrillero
Hasta llegar á Maule su paraje,
Do ven ocupadísimo el pasaje
Por el amigo ejército zorrero;
El cual habiendo visto al mensajero
Y la resolucion de su mensaje,
Gran opinion del nuevo Apó concibe,
Y á socorrelle luego se apercibe.

De cuatrocientos bélicos soldados
Los ciento se adelantan orgullosos,
Labrando los ijares cosquillosos
De fáciles caballos alentados;
Trastornan cerros, lomas y collados,
Pasando mil esterios cenagosos
A vado hasta la cincha y la reata,
Y en gondolas á Nuble con itata.

Con estos y con mas inconvenientes
Prosigue la centuria su jornada,
De mas de treinta leguas prolongada,
Esquivas, intratables, inclementes;
Las cuales caminaron diligentes
Antes de la segunda luz dorada,
Llevados como en vuelo, sin pararse
Tras la fogosa gana de mostrarse.

A vista pues de Penco en alto puesto
Divisan los ganosos castellanos
Algunos corredores araucanos
De los que al muro van con paso presto;
Espéranlos con ánimo dispuesto
Para venir con ellos á las manos,
Mas visto su denuedo y lozania,
Tomaron los infieles otra via.

Mudaron el camino y el intento
A se llevar el muro enderezado,
Y esto á pesar del número abreviado
Que los signiera viéndolos sin cuento;
Mas frenanse los impetus atento
Que están á vista ya de don Hurtado,
A quien quisieron mas guardar la cara
Que el bien que de seguillos resultara.

A tal sazón se juzgan los del muro
Tan lejos del vecino campo amigo
Cuan cerca ya del bárbaro enemigo,
Pero mostrando á todo pecho duro;
Que cada cual se tiene por seguro
Teniendo en su defensa y en su abrigo,
No la barrera fuerte ni ancho foso,
Sino el valor del joven milagroso.

Mas quiere Dios que estando en tal espera,
Puesta la suya en él tan solamente,
Asume de improviso nuestra gente,
Cubriendo el chapitel de una ladera;
Venla del muro, y á la faz primera,
Creyendo ser el bárbaro insolente,
Tocan al arma, al arma, y á sus puestos
Acuden animosos y dispuestos.

Mas el dichoso engaño fué deshecho
Con mas atentos ojos diviso,
Cual vienen velocísimos cortando
De arriba abajo el áspero repecho;
Los unos se adelantan largo trecho,
Sus ágiles caballos arrojando,
Los otros por la playa los manijan,
Y todos de tropel al muro aguijan.

Alégranse los tristes corazones,
Extiéndense los pechos encogidos,
Ocupanse de gozo los sentidos,
Responden al contento los cañones;
Explicase la gente con razones,
Las bestias con relinchos y bufidos,
Tanto, que el aire lleno de algazara
Rompiera si el placer no lo ensanchara.

No puede humanamente exagerarse
El sumo regocijo no pensado,
El darse el bienvenido, el bienhallado,
El nuevo conocerse, el abrazarse;
A recibillos quiso adelantarse
Fuera de la muralla don Hurtado,
Que como el alma suya de alegría,
Su cuerpo así del término salia.

Pues sale como estaba en la barrera,
Tranzado de la cima hasta la planta
Un blanco arnés, que esparce lumbre tanta
Cuanta nos da la délica lumbrera,
Sobre la frente alzada la visera,
Con que su garbo al cielo se levanta,
A recibir y dar su pecho á todos
Por diferentes graves dulces modos.

Admiranse mirando al bello mozo
De aquel su proceder en todo bueno,
No menos que de ver el campo lleno
De la matanza y bárbaro destrozo;
Mas luego prorumpiendo en alborozo,
Sacan allá de lo íntimo del seno
Los bravos y contentos corazones
Envueltos en políticas razones.

Después que lo posible celebraron
El desigual contento del socorro,
Y algún espacio en rueda y ancho corro
Cosas alegres y útiles trataron;
En escogido sitio se alojaron
De mucha yerba y agua bajo el morro,
Armando luego tiendas y moradas
De valerosos pechos ocupadas.

Y habiendo ya llegado á pocos días
El rezagado resto de la gente,
Se renovaron mas cumplidamente
Los júbilos, las fiestas y alegrías;
Mas como el general por todas vías
Cudicia que su campo se acrecienta,
Despacha á la imperial por mas soldados,
Frontera do los hay acreditados.

En tanto en el seguro alojamiento
Se estuvo con su escuadra helicosa,
Que estaba por extremo cudiciosa
De reprimir el bárbaro ardimiento,
Y con las ansias ya de dar un tiento
Al pecho de la varia y ciega diosa,
Culpando la tardanza mal sufrida
De verse una semana detenida.

Mas quiso el canto Apó que remitiese
Del trabajoso y áspero camino,
A fin de que el soldado y el vecino
Sus bestias y servicio recibiese;
Pues como en este tiempo concluyese
Todo lo que al propósito convino,
Holgó de ver un viernes en la tarde
A su lucido ejército en alarde.

Sabido ya de todos el decreto,
El juéves precedente por un bando,
Los viéades andar aderezando
Quién la celada, quién el duro peto;
Ninguno tiene el ánimo quieto
En toda aquella noche, deseando
La tarda, perezosa y nueva lumbre,
Que ya mostraba un monte por su cumbre.

Salió con un riquísimo tocado
En perlas escondido y pedrería,
Que de su mal cuajada argentería
Ornaba el monte, el valle, el prado;
Adonde por haber participado
De aquellas tembladeras que esparcía,
Quedaban florecilla y yerbezuelas
Sus cuellos adornados de arandelas.

Salió también con hábito de fiesta
Para poder hallarse en la presente
Fileso por las puertas del Oriente,
Rayando la corona de una cuesta;
La suya de oro fino saca puesta
Con mil piropos nuevos por la frente,
Y dentro de un lustroso y nuevo coche
Triunfando mas que nunca de la noche.

Así de su palacio el rubio Apolo
A visitar la tierra y mar salía,
Enderezando el coche al mediodía
De donde hieré mas á nuestro polo;
Cuando para que el sol no vaya solo,
Catad allí do sale don Garcia,
Con tanto resplandor y luz tan rara,
Que no salir Apolo no importaría.

Llegada es la sazón, sacro museo,
Que consagrais el monte de Elicona,
Poniendo vuestros pies en su corona,
De conspirar conmigo en mi deseo;
Porque según la altura en que me veo
Y el váguido mortal de mi persona,
Forzoso habrá de ser precipitarme,
Si todas no venis á confortarme.

Pero de vuestras alas confiado,
¡Oh musas! echaré á volar mi pluma,
Diciendo, aunque en ceñida y breve suma,
Las cosas deste alarde señalado.
Pues ya que vino el término aplazado,
Entró por donde el cano mar se espuma,
Delante de su gente, el nuevo Marte
Con el regal católico estandarte.

Mandando que á un lugar de la ribera
Se ponga la veloz caballería,
Y en otro la valiente infantería,
Unos delante de otros en hilera;
Paró su curso luego toda esfera,
Y Febo que en la suya se movía;
Echóse el viento, el mar se puso en calma,
Quedándose mas llano que la palma.

A cuyo igual tablado preminente
Subió, tras Dóris, Glauco y Aretusa,
El amator tan caro de Medusa,
Con un coral ganchoso por tridente;
Y el Padre universal de toda fuente,
Con quien de mil regalos Tétis usa,
Sube también, trayéndola de mano,
Sobre la haz del mar tranquilo y llano.

Sentáronse á mirar en altas rocas
Con Acis la hermosa Galatea,
Palemon y su madre Lencotea;
Que al itacense Rey prestó sus tocas;
Y esotro multiforme con las focas
Dejó su cavernosa gruta fea;
Dejaron por entonces suspendidos
Caribdis y la Scila sus ladridos.

Cercado de una gruesa compañía
Llegaste de los últimos, Nereo,
Por ser tu habitación el mar Egeo,
Que tanto del chileno se desvia;
Triton el de la concha te seguía,
A quien mató dormido el Tanagreo,
Y tus Nereidas hijas, la Melite,
Con Cimodoce, Glauce y Anfritrite.

Que esmaltan el estrado cristalino,
Mediante aquel color de sus cabellos,
Tan verde, que las mismas ovas dellos
Debieron de tomar su verde fino;
Al fin ningún certileo dios marino
Quedó, ni el mas humilde pez con ellos,
Que no saliese, á ruego de la nuestra,
Haciendo sobre el mar también su muestra.

Los cáravos y cuevas se vaciaron,
Saliendo sus lamosos dueños dellas,
Y todas las selváticas doncellas
Subidas por los árboles miraron;
Las cumbres de los montes ocuparon
Sus moradoras ninfas, y con ellas
Salieron de sus lóbregos boscajes
Los sátiros, los faunos, los salvajes.

Cuanto camina y reptá por la tierra,
Cuanto sustenta el aire en fe del vuelo,
Cuanto produce el fértil rico suelo
En soto, en valle, en monte, en llano, en sierra;
Cuanto sostiene, influye, cuanto encierra
Ese convexo y cóncavo del cielo,
Tanto se entrena, para y tiene á raya
Por ver esta reseña de la playa.

Mostróse pues de todos el primero
Aquel que puede serlo en toda parte,
Representando á Jupiter y á Marte,
No menos manso en paz que en guerra fiero;
Su rostro entré benévolo y severo,
Y el acabado cuerpo de tal arte,
Que claro por de fuera descubría
Al ánima que dentro lo movía (12).

Sobre un caballo rucio poderoso
De rodezuelas cárdenas manchado,
Que por el firme rostro y enarcado
Cuello sacude anhélito espumoso,
Midiendo con las manos de fogoso
Lo que desde las cinchas hay al prado,
Y tanto en los metidos piés estriba,
Que todo sobre el anca se derriba.

Obligale sentir que lleva encima
El que es de ser y vaso todo el peso;
Armado va un arnés lucido y grueso
Con la visera de oro por la cima,
Donde grabado está por mano prima
De todas sus hazañas el proceso,
Mirad con qué primor y sutileza,
Pues tanto cupo en tanto de estrechez.

Mostraba sobre el campo del escudo
A la fortuna lúbrica rendida,
Y á la ocasión por el copete asida
Con poderosa mano en ciego tundo;
Esto es lo que forjar Vulcano pudo
Contra la voluntad de su querida,
Do el arte deja, yéndose de vuelo,
A la naturaleza por el suelo.

Llevaba su derecha y fuerte mano
El cuento de un baston de plata pura,
Y hijo el otro cuento en la cintura
Con milagroso término lozano;
Así poniendo asombro al mar insano,
Y fuego en su region helada y pura,
Se muestra nuestro jóven excelente,
Llevándose los ojos de la gente.

Detúvose en pasando un poco afuera,
Adonde puesto en frente de Neptuno,
Mandó pasasen todos uno á uno,
Para de cada cual juzgar quién era;
Y que después la banda caballera,
Sin reservarse dellos hombre alguno,
Probare en la marina sus caballos,
Por ver los que supiesen manijallos.

Sale del cuerno diestro el hijo caro (15)
De aquel que fué en Alcántara clavelo,
Calado un morrión de limpio acero,
Con quien se pone á brazos el sol claro;
Donde el metal, que es Dios para el avaro,
Revuelve por cordon un drago fiero,
Y en leva y diestra mano escudo y lanza,
Sobre su rabicano se abalanza.

Bien puesta en un pececillo la persona
Sucede Juan Ramon al de Toledo,
Con tal demostración y tal denuedo,
Que satisface á Pálas y á Belona;
Celada, cota y cuera fanfarrona
Con fino pasamano por el ruedo,
Y haciendo de una lanza rehilete,
Que puede ser entena de trinquete.

Don Pedro, aquel del rostro ya nevado (14),
Blason de Portugal, ilustre viejo,
No menos en la edad que en el consejo,
De una coraza fuerte sale armado;
Encima de un overo sosegado,
Y en obras tan galan como en pellejo,
De medio á medio el asta bien terciada
Sobre el derecho muslo atravesada.

Preséntase otro Pedro aquel de Aguayo
En la famosa Córdoba nacido,
Un jaco lucidísimo vestido,
Que brota cada malla un vivo rayo;
A la jineta en un castizo bayo,
Que al mar y al aire altera su bufido,
Y con oreja viva punza el cielo,
Barriendo con la cola todo el suelo.

Fertilizando aquella estéril playa
Con bello garbo y término elegante,
Gentil de cuerpo, grato en el semblante,
Se muestra don Felipe haciendo raya (13);
Podrá tener al cielo sin que caya
Cuando se cansen Hércules y Atlante,
Y aun es ligera carga la celeste,
Si la han de sustentar los hombros deste.

De escamas de metal resplandeciente,
Que hacen claros mil y mil escudos,
Guarnece los fornidos miembros duros
Y de templado yelmo su ancha frente;
Por asta lleva un mástil suficiente
A derribar de un golpe fuertes muros,
Que silba en las orejas de un tordillo,
Cimbrándole cual vara de membrillo.

El claro don Cristóbal de la Cueva (16)
En un rocillo suelto mas que un pardo,
Haciendo muestra de ánimo gallardo,
De nuevo su intencion probada prueba;
Las aceradas armas todas lleva
Con círculos y esmaltes de oro y pardo,
Y por su rostro, aun antes que se acerque,
Se ve lucir la sangre de Alburquerque.

Procede el que de Córdoba se nombra
Después de capitán Pero Fernandez (17),
Cual veterano milite de Flandes
Con un orgullo tal que á Marte asombra,
Dando, como pariente, un aire y sombra
Al grande capitán entre los grandes;
El cual si engrandecerse mas pudiera,
Por este gran varón se engrandeciera.

Signióse don Alonso, aquel Pacheco,
Aquel de rico talle y rara vista,
Con una bien cuajada sobrevista
De cadenilla de oro, espiga y fleco;
Jugaba en vez de lanza un roble seco,
Como si fuera alguna seca arista,
Hollandando en un picazo la ribera,
Con un galán penacho en la testera.

Al celebrado Zúñiga de Ercila (18),
Eterna y dulce voz del araucano,
Por cuya fértil pluma y fértil mano
Castálido licor Apolo estila,
Gozó de ver aquí la mar tranquila
Airoso, vistosisimo, galano,
Con plumas, martinetes, con airones,
Trencilla, banda, cintas y listones.

Armado de armas fuertes y lucidas
Y haciendo gentilezas con su lanza,
En un frison melado se abalanza
Ese que goza el nombre de Bastidas (19);
Bizarras plumas lleva, que teñidas
De celo, cautiverio y esperanza,
Sobre el crestón al aire se menean;
Y el rostro blandamente le ventean.

Gabriel de Villagran, de ilustre casta,
Asoma en un colérico morcillo,
Trepado y mas redondo que el ovillo,
Con peto y morrión de fina pasta;
De quien el encendido aspecto basta
Para poner al bárbaro amarillo,
Y basta su vigor, por mas que pesa,
Para blandir un asta dura y gruesa.

Sacaron dos adargas abrazadas
En dos caballos cándidos lozanos,
Vibrando dos entenas en las manos,
Dos armas cada cual acuarteladas,
Dos crestas de penachos adornadas,
Aquellos dos Verdugos, dos hermanos
Mellizos, mas iguales en el suelo
Que Polux y Castor allá en el cielo (20).

Mas firme en los arzones que un peñasco,
Batiendo los ijares de un sabino,
Con fuerte lorigon de temple fino
Y un duro capacete sobre el casco,
Se arroja aquel insigne de Velasco (21),
Terciando facilmente un grueso pino,
Y unido el ancho escudo al ancho pecho,
Que siempre fué de Marte amigo estrecho.

Rodrigo de Quiroga pasa luego
Con silla tachonada en un castaño
Feroz que, en arrimándole el calcaño,
Parece convertirse en vivo fuego;
Un argentado almete, donde ciego
Se torna en natural autor del año,
De su loriga armado y fuerte escudo,
Y al hombro, ved qué lanza, un fresno rudo (22).

Con escamosa malla y doble cuera
Encima de un dorado castañuelo,
Que hueña el aire vano mas que el suelo,
Y apenas cabe en toda la ribera,
Parece don Mariño de Lovera
Aficionando á tierra, mar y cielo,
Varon ejercitado en la milicia
Y noble caballero de Galicia (25).

El frasco atrás, al hombro la escopeta,
Armado una lustrosa coracina,
Y encima de oro, seda y lana fina
Una listada y corta camiseta,
En un soberbio zaino á la jineta,
Que pisa como en fuego en la marina,
Y en su fogacidad se abrasa y arde,
Gómez de Lagos entra en este alarde.

Gallardo se presenta aquí Murguía
En hacedor cuatralbo lista blanca,
Que la marina besa con el anca
Y con las manos della se desvia;
Sus armas dan la luz que al medio día
El Cintio suele dar con mano franca,
Y su denuedo, traza y apostura
Mil buenas esperanzas asegura (24).

Cerrado y puesto bien á la estradiota
En alazan de buello tan liviano,
Que en resurtir del suelo con la mano
Excede á la reciproca pelota,
Con un estofo doble y fina cota
Sale por la ribera del mar caño
El capitán Reinoso á su paseo
Con desdeñoso y libre contoneo (23).

Tras este don Simon ocupa el puesto,
Aquel de Lusitania respetado (26),
Las armas todas y hábito morado,
Creyendo que el amor se paga desto;
Al cual en el escudo lleva puesto
Y al sanguinoso Marte al otro lado,
Que entrambos á la par le dan favores,
Cubriéndole de palmas y de flores.

Sale del hierro asida la asta dura,
Que va dejando rastro por la arena,
Bernal, que en esta edad presente suena,
Y sonará mejor en la futura,
Con una fuerte y lúcida armadura,
Do Febo da su luz á mano llena,
Y haciendo á un alazan, tostado el pelo,
Que solo con los piés estampe el suelo (27).

En bayo cabos negros y frontino,
Que el freno espumosisimo tascando,
De todos cuatro piés se va quemando,
Sale un ilustre y claro vizcaíno,
En armas, talle y garbo peregrino,
A quien el viejo Próteo contemplando
Dice á Neptuno vuelto: «Aquel Gamboa
En Chile dejará perpetua loa (28).»

La rienda y el escudo en la siniestra,
Sobre un furioso rucio plateado,
Compuesto, repulido y alheñado,
Y el asta de dos hierros en la diestra,
Hace de su valor y estirpe muestra
El caballero de Olmos, todo armado
Desde el bridon estribo hasta la frente
De limpio acero y malla reluciente (29).

En un cuartago negro mas que endrina,
Con el copete, cola y crin tranzada,
El pecho y la cadera encubierta,
Va Lopez Ruiz hundiendo la marina (30),
Con un jubon de malla jacerina,
Cubierta de garzotas la celada,
Y la fiudosa lanza al diestro lado
Cogida con el codo entre el costado.

Juntando los extremos de tu lanza,
Y á la secreta barra de la silla
Como clavado el muslo y la rodilla
Con altivez y justa confianza,
Mostrando tu valor y tu pujanza,
Mas para contemplarla que decilla,
Saliste á la reseña, Diego Cano,
Horror del indio y gloria del hispano (34).

Y tú, mi padre caro... mas perdona,
Que no he de dar motivo con loarte,
A que diciendo alguno que soy parte,
Ofenda mi verdad y tu persona;
Por esto callaré lo que pregoná
La voz universal en toda parte,
Y perderás, por ser mi padre amado,
Lo que por ser tu hijo yo he ganado (32).

Solo diré que en guerras te criaste,
En guerras, como en crédito, creciste,
En guerras tu principio recibiste,
Y en guerras hecho piezas acabaste;
Donde el servir al rey solo ganaste,
Y por mejor serville te perdiste,
Dejando á los que somos de tu casta
No mas que el bien de serlo, y este basta.

Dejemos lo demás, pues no aprovecha,
Y siento que la oreja ya me zumba,
Aunque por ser verdad que así retumba,
Sospecho que carece de sospecha;
Pues quede tu alma á Dios, por quien fué hecha
Hasta cobrar su cuerpo de la tumba,
Que yo me vuelvo al hilo de la historia,
Casi quebrado ya con tu memoria.

Cortés, Riberos, Cáceres, Miranda,
Godínez, Bustamante y Andicano,
Arana, Lira, Niebla, Santillano,
Montiel, Villegas, Avalos, Aranda
Con toda la demás lucida banda,
No menos se mostraron en lo llano
Todos con sus adargas, y por ellas
El cielo, el sol, la luna, las estrellas.

No poco en este alarde señalados
Se vieron otros únicos varones,
En paso y plumas gallos y pavones,
Y en la batalla tigres enojados;
Caballos ricamente encubiertos
Con símbolos, empresas y blasones,
Gentiles, fuertes, bravos y galanes
En rostros, armas, cuerpos, ademanes.

Las bandas, los collares, las cadenas,
Lorigas, yelmos, cotas relucían;
Los visos y las aguas que hacían
Dejaban las del mar de envidia llenas;
Hirviendo se mostraban las arenas
Al fuego de los piés que las batían;
La tierra se apretaba con su centro,
Y el mar se retiraba mas adentro.

En toda la reseña no hubo alguno
Que en algo no mostrase algun exceso,
Y de seiscientos que era el bando grueso,
De presentarse aquí dejó ninguno;
Quisiera yo acudir á cada uno,
Mas fuérase la historia toda en eso,
Baste que en otras partes puesto vaya
Quien puesto no se viere en esta playa.

Yo voy en lo que puedo tan sucinto,
Que poco habrá de ser lo que me aguarde,
Y adviértote demás que en este alarde
No van por orden todos los que pinto;
Para que ni por cuarto ni por quinto,
Ni por llegar temprano ni por tarde,
Ni porque lo mejor ni empareje,
Ninguno lo agradezca ni se queje.

Si ya para salir en este día
Nombrados capitanes estuvieran,
Por orden todos ellos se pusieran,
Siguiendo á cada cual su compañía;
Mas como en esta muestra don García
Para nombrarlos quiso que salieran,
Poner particulares fué forzoso,
Y para mí no poco trabajosos.

Hicieronse á una banda los piqueros,
Que un gran canaiveral de sí formaban,
Y en otra, donde menos ocupaban,
El hórrido escuadron de arcabuceros,
Con mil amigos bárbaros flecheros,
Que al dar el salto un pece lo clavaban,
Poniéndose unos á otros con mirarse
Solicitos impulsos de estrellarse.

Gozoso los miraba don Hurtado,
Y allí nombrados ya los oficiales,
Personas beneméritas cabales
De traza, de consejo, de cuidado,
Les hizo un parlamento concertado
Con sólidas palabras sustanciales,
Como le hiciera aquel romano Julio
Con toda la retórica de Tulio;

Mostrándoles en él que quiere luego,
Pues tiene tal ejército delante,
Buscar al fiero bárbaro arrogante,
Ganándole de mano en este juego;
Y pues en todos hay tan vivo fuego,
Y en todo la presteza es importante,
Que el sábado siguiente marche el campe,
En viéndose con luz el verde campo.

¡Qué larga aquella noche les parece,
Qué lerdá, qué sin piés la clara lumbre!
No ven algun asomo de vislumbre
Cuando engañados piensan que amanece,
No temen el trabajo que se ofrece,
No hay cosa que los cause pesadumbre,
Sino es el defenderse tanto el día,
Que ya lloviendo aljófares venia.

Levántase el réal en este punto,
Y bien cubierto de armas y rocío,
Se va la vuelta luego de Biobío,
Por donde con el mar se ve mas junto;
Pero descansa ya mi voz un punto,
En tanto que la gente llega al río,
Porque segun el paso y priesa della
Cansado mal podré tener con ella.

CANTO X.

Llega el campo al río grande de Biobío, donde, contra el parecer de todos, el gobernador se resuelve de pasarle, usando para ello de un maravilloso ardor de guerra, con que desvela al enemigo, que de la otra banda le esperaba fortificado. Pasa toda la gente, y envía don Hurtado á correr la tierra tres leguas adelante para ver de asegurar su alojamiento. Dan veinte mil indios en los corredores, viéndose retirando hasta el asiento de su real, donde se traba la batalla que llaman de Biobío, por haber sido casi á su ribera. Cuéntase lo que pasó entre Orompello y Galbarino sobre la muerte de Hernán Guillen, que los indios mataron por haberse desmandado del real á comerfrutilla.

Ninguna buena suerte habrá segura
Habiendo en la milicia negligencia,
Pues, como dicen bien, la diligencia
Es madre de la próspera ventura,
Y aquel saber gozar la coyuntura
Es el sutil primor de la prudencia;
Mas esos que le saben son contados,
Y solo con el dedo señalados.

Con cuántas cosas sale fácilmente
El capitán solícito y mañoso,
Con que salir no puede el poderoso
En siendo descuidado y negligente!
Mas vale mucho el flaco y diligente
De lo que vale el fuerte y perezoso,
Que al fin, como el vulgar proverbio suena,
No hizo la pereza cosa buena.

Ni menos hay alguna que se haga,
Como calor no lleve en compañía,
Sin quien el mismo fuego no sería,
Pues donde no hay calor presto se apaga;
Caliente sufre cura cualquier llaga
Con mas facilidad que estando fria,
Y el hierro, mientras mas calor tuviere,
Hará el martillo del cuanto quisiere.

Quiero decir por término mas llano
Que en todo y mas en esto es grande parte
Poner calor y usar de industria y arte
Para que la fortuna dé la mano;
El fuego que entendemos por Vulcano
Dicen allá que tiene preso á Marte,
Pero que el dios Neptuno lo desprende,
Por quien el agua frígida se entiende.

Enseñanos la fábula con esto
Cómo para entregarse de la guerra
Que dentro de su nombre Marte encierra,
Es menester calor y paso presto;
Mas si interviene el dios Neptuno en esto,
Forzoso habrá de dar con todo en tierra,
Esto es, que donde ve tibieza alguna,
Allí se muestra tibia la fortuna.

¿Quién hizo al que por Africa se nombra
Scipion el africano tan famoso,
Sino seguir al Peno fervoroso
Y nunca le dejará sol ni sombra?
Y el César, cuyo nombre al mundo asombra,
¿Salió por otro medio vitorioso,
Sino porque su huella se estampaba
Donde Pompeyo fresca la dejaba?

Así que lo que en esto mas ayuda
Es ir á los alcances del contrario,
Trayéndole seguido de ordinario,
De suerte que no tenga dónde acuda;
Pues como el joven inclito no duda
Ser esto sobre todo necesario,
Veloz para seguille parte luego
Cual á su pura esfera el puro fuego.

En busca va del bárbaro atrevido,
En si y en esta máxima fundado,
Que vale mas buscar que ser buscado
Y acometer que ser acometido;
Y búscale en su tierra y propio nido,
Adonde el pajarillo desarmado
Aun con el animal mas bravo rifa,
Y opuesto á la defensa el cuello engrifa.

Mas nada en su valor engendra miedo
Ni cosa su cerviz enhiesta inclina;
Y así, con paso intrépido camina,
Mostrando como el ánimo el denuedo;
El padre de Faeton con rojo dedo
Rayaba el chapitel que mas se empina,
Bordando cielo y nubes de arrebóles
Y haciendo de las aguas tornasoles.

Al tiempo que el ejército pujante
Al arenoso término venido,
Y habiéndose el bagaje recogido
Para cortar el agua resonante,
Algunos con recelo mal sonante
No tienen el pasar por buen partido,
Sino por una cosa recia y dura,
Difícil, temeraria y mal segura.

Con estos, otros pláticos varones
No tienen el pasar por sano hecho,
Probando que es ponerse en mucho estrecho
Con sobra de argumentos y razones;
Mas contra sus indignas opiniones
Se opone aquel ardiente y bravo pecho,
Resuelto en que se pase el ancho río,
Resolucion bien digna de su brio.

El misero suceso de Valdivia
Le ponen los antiguos por delante,
Diciéndole que el bárbaro constante
Su natural ardor jamás entibia;
Mas que su cuerpo y ánima se alivia
Con el trabajo mas desemejante,
Por donde está en razon que á la otra banda
Oculto espere á ver quién se desmanda.

Y siendo así, en pasando los primeros,
Que pueden cuando mucho ser cuarenta,
Saldrá con gana rábida y sedienta
De dar color de sangre á sus aceros;
Donde antes de pasar los compañeros
Habrán pasado á dar á Dios su cuenta,
Porque de haber en medio tal distancia
No se podrá esperar otra ganancia.

El agua, que las márgenes desvia,
De latitud alcanza tanta parte,
Que puesto un grueso toro á la otra parte,
Casi de sí ninguna especie envia;
Condénase el pasar por esta via,
Y en varios pareceres se reparte
El vario parecer del vulgo incierto,
Que alguna vez por yerro da en lo cierto.